

aguas en la arena para aparecer más claros i puros en otro paraje. Muchos no han tenido la oportunidad ni los medios de expresar, ya sea con palabras o con hechos, los misterios de su vida interior, i no dejan por eso de ser felices i gozar de sus pensamientos. Así es quizá la existencia de la multitud. Pocos son ciertamente los que tienen que dar batallas, arengas en senados, gobernar pueblos o escribir libros; pero todos tenemos una alma que ilustrar, i pasiones que gobernar i someter al cumplimiento de nuestras obligaciones divinas i humanas.

La educación, como la religión, influyen notablemente en nuestra felicidad individual. El hombre ha sido dotado de instintos i pasiones sensuales, así como de facultades intelectuales i morales, de las cuales unas tienden a degradarle i las otras a ensalzarlo; pero todas ellas coadyuvan a su dicha i bienestar. La cultura del espíritu no hace más que depurar estos goces, i aumentar en cierto modo su capacidad de dilatarse. El sensualismo grosero se convierte así en amor a la familia, en gusto por las artes, en la fruición de todo lo que es bello i sublime; el racionalismo presuntuoso será absorbido por el estudio de la Naturaleza i las ciencias, i hallará, como el gran genio de Newton, por resultados de sus afanes i desvelos, «que no es más que un niño jugando en una playa de mar, i descubriendo aquí i acullá un guijarro o una concha más precioso que otro, mientras el gran océano de la verdad yace impenetrable i oculto a su vista;» i, en fin, su sér moral se revelará en actos heroicos de caridad, de gloria i de abnegación religiosa. Los más abyectos instintos vienen a ser otros estímulos de virtud i de honor. Los mismos temores i esperanzas que llenan su corazón, desvelándolo i atormentándolo incesantemente, como para obligarlo a trabajar i mirar hacia otra vida futura, son otras tantas fuentes de ventura i de consuelo, cuando los aclara i rectifica una inteligencia cultivada. Mediante ella, esas supersticiones absurdas que empequeñecen i humillan la grandeza moral del hombre, desaparecen i se disipan como nubes impelidas por el viento, i traen serenidad i sosiego a la agitada mente del vulgo.

¡Cuánto más patentes no se dejan ver los efectos de la educación en el seno de la familia! El viajero que haya visto lo que

es el hogar doméstico aquí, en Inglaterra, en Alemania o en la campaña de Francia, no podrá dejar de experimentar un dolor profundo al considerar lo que es entre nosotros. Aquellos goces íntimos e indescriptibles de la vida de familia,—el placer de un menaje bien arreglado,—donde el aseo, la limpieza i el orden, dan brillo i realce a la religión i la virtud de sus moradores—la economía i frugalidad de la mesa i la regularidad de los quehaceres,—ah! todo esto parece tan ignorado i desconocido a nuestros países como las regiones árticas. El afán i hambre de *diversiones* reemplaza en nuestro pueblo a estos tranquilos i dulces regocijos del Edén privado,—el único a nuestro alcance desde que perdimos el otro. ¡I qué entretenimientos tan insulsos como groseros i semibárbaros! cual si fueran calculados expresamente para corromper la moralidad i orden públicos. La falta de alicientes en la casa i la familia, tanto como la ignorancia, fomentan i excusan estas horribles costumbres. Cada avance de la educación popular en Chile i Sur América, será un golpe dado a estos perniciosos hábitos, en que la indecencia compete con la disipación para arruinar la felicidad i bienestar de los hijos i madres.

Todavía en nuestros tiempos se encuentran muchos que contemplan con pesar el desaparecimiento de varios errores i preocupaciones populares, i lo consideran como percances hechos a la *feliz ignorancia* del vulgo. Algún mal poeta i unos pocos ignorantes sacerdotes podrían sacar ventajas de este estado de cosas, a costa de la ilustración i engrandecimiento nacional. Mas ¿por qué las tinieblas habrían de ser menos poéticas que la luz? Lamentamos en estos días la falta de romanceros i trovadores de lejana i obscura época, i no observamos el vastísimo horizonte abierto a la literatura i a la poesía modernas, la elevación i fuerza prodigiosa a que han alcanzado con el progreso i espíritu del siglo, lo grandioso i noble de sus miras, lo comprensivo i universal de sus conceptos, el carácter filosófico i el libre vuelo de sus ideas; cualidades todas que compensan mucho la falta de simetría i regularidad de que puedan adolecer.

Pero aparte de estas consideraciones, que podrían llevarnos muy lejos, ¡cuánto no añade la educación a nuestra felicidad i

goces todos, particulares como sociales! ¡Qué pobres no serían nuestras ideas i cuán insípidas nuestras relaciones, cuando no han sido multiplicadas i ensanchadas por la lectura! Para el ignorante no hai sino un vago interes en todo lo grande i bello, que nos presentan los cielos i la Naturaleza; mientras para el hombre educado son otros tantos objetos de delicia i nuevas e inagotables fuentes de tranquilos goces i apacible dulzura—un encanto que no nos ofrecen nuestros sentidos, placeres que no hartan ni embotan nuestras facultades.

«No es el ojo, dice un escritor religioso, el que ve las bellezas del cielo, ni el oído el que escucha la dulzura de la música o las gratas nuevas de un acontecimiento favorable; sino el alma que percibe lo más delicado de la perfección sensual e intelectual: cuanto más noble i excelsa es esta alma, mayores i más deliciosas serán sus percepciones.» Bacon tiene este otro pasaje que aprecia la educación en otro sentido. «Cuán bello espectáculo, dice, es contemplar desde la orilla del mar un buque luchando con la tempestad, o divisar desde una torre fortificada dos ejércitos combatiendo en campo raso; pero es un placer incomparablemente mayor el de aquel espíritu, que reposando en tierra firme i protegido en el fuerte alcázar de la verdad, puede divisar desde allí los errores, la incertidumbre, los trabajos i la agitación continua de los otros hombres:—bien entendido, con todo, que esta vista le inspirará compasión, i no lo llenará de vano orgullo.»

Lo que la educación influye en el bienestar i prosperidad del individuo, es un asunto que interesa tanto a la sociedad como a él mismo, i será más ampliamente tratado en otro lugar. Hai una máxima china que dice: «Con el saber, los hijos de la plebe se hacen grandes; sin el saber, los hijos de los grandes van a confundirse con la masa del pueblo.» Esta es una verdad que ha estado tal vez al alcance de todos el verificar con su propia experiencia. Cuántos hombres nacidos en la opulencia no se arrastran hoy en la miseria, no ya sólo por causa del vicio i de la imprevisión que traen consigo la ignorancia, sino por falta de conocimientos i la habilidad necesaria para manejar sus propios intereses! Este hecho se hace más patente en una sociedad

democrática, i a medida que con ella avance el imperio de las luces i cesen las trabas i privilegios que las leyes opongan a la distribución de la riqueza i desarrollo de la industria.

La educación no sólo enseña las letras i pule, por decirlo así, las facultades del alma, sino que nos hace reflexivos i metódicos, i encamina el espíritu a la adquisición de todo lo que nos es útil. No sólo da pábulo i actividad a la inteligencia con nuevas ideas i aspiraciones, sino que nos rehabilita para mejor dominar la materia, cuyas leyes nos da a conocer. Parece haber sido éste el designio de la Providencia; puesto que nos ha dotado a todos de una alma e impuéstonos la necesidad de trabajar para vivir, parece entrar en su plan, que aun las más humildes tareas estén sometidas a la inteligencia i corazón del hombre, cuando todas ellas requieren, en más o menos grado, un *aprendizaje* o instrucción, esto es, una aplicación de nuestras facultades i del conocimiento de la materia para elaborarla i convertirla en producto. Es evidente así que el trabajador que mejor conoce sus recursos i las propiedades de los objetos, producirá mejor i con más economía i descanso. «El capital invertido en el corazón i en la cabeza es mejor que el capital en dinero, dice un escritor, no sólo porque es inalienable, sino porque califica al poseedor para colocarlo con la mayor ventaja posible según las circunstancias. Con un espíritu activo, determinado i previsor, forma sus planes i los ejecuta oportunamente, ayudado en todo del conocimiento de una inteligencia bien cultivada.»

LA EDUCACIÓN I LA SOCIEDAD.

Pongamos a un lado todas las teorías inventadas sobre el origen i naturaleza de la sociedad. Admitamos sólo aquella sencilla i racional explicación tan generalizada i conveniente:—la sociedad es una especie de compañía comercial en que todos trabajamos con un fin común, cual es la felicidad i bienestar de todos i de cada uno de los asociados. El opulento banquero como el más humilde labrador cooperan de consuno en esta tarea, sin pensarlo tal vez; i aunque aparentemente la remuneración de ambos sea muy desigual, están en relación con el capital, la

actividad i el talento que cada cual despliega en la prosecución del objeto de la asociación.

Pero entre una compañía comercial i la gran sociedad nacional i humana, hai esta vastísima diferencia: la primera está circunscrita a los estrechos límites de la mejoría material i ganancia recíproca de sus miembros, mientras la otra es tan ilimitada i universal, como lo demandan la felicidad moral i el bienestar físico de los individuos i el progreso constante de la humanidad. La bancarrota de una firma comercial traerá consigo el naufragio de una o más fortunas privadas; mas la falta de cumplimiento de las obligaciones públicas, puede arrastrar consigo la ruina i ventura social de todo un Estado o Nación. ¡Cuánta inteligencia, integridad, sobriedad, economía e industria no se requiere, por esto, en los socios i ciudadanos que componen esta grandiosa asociación de los intereses más caros e indispensables de la vida! ¿I habrá así necesidad de probar la íntima conexión que existe entre las miras e intereses particulares i los comunes? Baste sólo que observemos aquí un hecho que nos presenta la historia del mundo. No se ha visto aún sociedad alguna, en que el bienestar i la riqueza hayan permanecido estacionarios en ciertas clases i jerarquías, i aun en el sistema feudal, la más extensa i mejor organizada conspiración que se haya conocido contra los derechos del pueblo, tuvo que ceder i morir al fin, por haber desconocido el principio natural de la distribución i repartimiento de la riqueza entre todos los compañeros de labor.

«De los dos grandes deberes, dice un notable escritor, que pesan sobre una comunidad, en su capacidad social, es mui difícil distinguir cuál sea más importante—el gobierno o la educación, el manejo de los intereses comunes de la generación presente, o la preparación de los que han de comenzar a obrar próximamente en el teatro de la vida. Ambas obligaciones son en todo caso indispensables para la propia i permanente operación de cualquier sistema político. Sin la seguridad i protección ofrecida al individuo por un buen gobierno, no puede acometerse con buen éxito la educación general. Por otra parte, las mejores instituciones políticas establecidas por accidente en regiones no

preparadas para recibirlas, por medio de una educación previa, decaen o se sumergen en la nada, o quizá, en lugar de producir su resultado natural, se convierten en ruina i desgracia nacional. De este modo, la organización política de los Estados Unidos, que ha producido entre nosotros tanto elemento de prosperidad pública i felicidad individual, cuando fueron trasplantadas a las colonias españolas, no han dado hasta aquí otro mejor fruto que la guerra civil i la constante anarquía, en que por más de un cuarto de siglo están envueltas, hallándose cada día más distante de llegar al término tan deseado. ¿Cómo puede explicarse esta diferencia, si no es porque las colonias españolas no habían sido preparadas de antemano, i por un suficiente período de prueba, para apreciar debidamente el obsequio de su independencia i libertad, mientras que el pueblo de este país había sido educado por cerca de dos siglos antes de la revolución en los *meetings* o reuniones populares i en sus escuelas públicas?»

He aquí sumariamente bosquejado el efecto de la falta de habilidad en una mayoría de los asociados para cumplir los fines de la sociedad. Aparte de una pequeña mala inteligencia acerca de nuestra independencia en el pasaje citado, no se puede negar que se da allí la clave de nuestros errores i desgracias. Pero no han sido nuestros pueblos los que únicamente han experimentado los desastrosos efectos de la imprevisión o inhabilidad de nuestros antecesores para llenar esta gran obligación social. La misma Francia, tan ilustre en las letras i artes, ha visto la necesidad de una educación general i comprensiva de todas sus clases, cada vez que ha intentado realizar los principios políticos de los Estados Unidos; i es bien sabido, que sólo en aquella parte de estos Estados (principalmente en la Nueva Inglaterra), en que las escuelas i enseñanza públicas fueron en cierta manera coexistentes con la sociedad, es donde se ha planteado de un modo estable i efectivo el sistema republicano democrático en todo su vigor i lozanía; así también como es allí donde florecen la industria, el comercio i las artes. Entre los Estados libres, i aquéllos en que existe la esclavitud, hai una línea divisoria tan marcada i profunda a este respecto, como la que

distingue la sombra de su penumbra o la claridad del sol i la de una luna opaca. Todos los escritores sensatos están ahora de acuerdo en que si las masas del pueblo francés hubieran gozado de alguna educación, aquella tremenda revolución, cuyos excesos amedrentan hoy los ánimos, hubiera conducido a resultados muy diferentes; i en lugar de ser una mancha en la historia de aquella gloriosa nación, i un grito de alarma i de terror a todos los pueblos que tratan de ensayar las instituciones democráticas, pudiera haber sido el mejor i más acabado modelo i guía de las repúblicas modernas.

La historia de todos los tiempos está llena de ejemplos, que prueban la íntima alianza entre la educación i la grandeza de las naciones. La *cruz* i la *prensa*, dice Lamartine, son la palanca de todos los movimientos realizados en favor de la civilización humana. Esta es una gran verdad, que peca sólo por limitada i estrecha. En épocas más recientes se han añadido otros dos poderes auxiliares, poco menos eficaces i activos en el avance i progreso humanitario: el *vapor* i la *educación popular*. La sociedad humana no habría podido ciertamente levantarse de su postración, si el sacrificio i la redención del Dios-Hombre no le hubiera dado la mano i comunicádole su inspiración divina, i su desarrollo intelectual habría sido lento, si no hubiera quedado estacionario, sin la invención de aquel expositor i multiplicador del pensamiento. Mas necesidades imperiosas de otro orden aquejaban igualmente i debilitaban la fuerza progresiva de la humanidad. Su bienestar material i las conveniencias de la vida social, demandaban un aumento de industria correlativo con la extensión i población civilizada; i esta falta vino a suplir el *vapor*, que vence el tiempo i el espacio, haciendo toda la materia tributaria a la comodidad del hombre.

Pero nótese bien, que la materia no puede elaborarse ni acomodarse por sí misma a nuestras necesidades, i que el espíritu sólo es progresista. Toda mejora es por consiguiente el fruto de la inteligencia, i el adelanto de la industria estará siempre en proporción con el número i cultura del entendimiento aplicado al trabajo, i de la actividad provocada por las nuevas aspiraciones i deseos que engendra la civilización. El progreso mate-

rial es más la obra de las investigaciones del espíritu, que de la acción de nuestros músculos i brazos. La imprenta i el vapor son a la verdad invenciones maravillosas; mas, después de todo, su poder bruto i mecánico vendría a quedar neutralizado o reducido a la nada, sin la educación del alma, i a sólo la mitad de su vasto alcance, si la escuela pública no ha preparado antes el terreno, llamando i despertando las dormidas facultades de los que han de cooperar al gran movimiento social, si una educación extensa i general no ha derramado ante las luces de la razón, el gusto por las ciencias i artes, i el deseo i los medios de mejorar nuestra condición.

De aquí nace la necesidad de añadir una cuarta palanca, la *educación popular*, de mucha más fuerza i poder en el progreso social, político i material. El vapor i la imprenta, por sí solos, no serían más que unas máquinas inertes, que embarazarían más de lo que coadyuvarían al adelanto de un pueblo; con la religión i una sólida educación ellas darán aliento i vida a nuestras masas, i las sacarán de la miseria i humillación en que hoy viven. La libertad política significaría entonces algo entre nosotros, i no sería ese eco vano i retumbante de demagogos i conspiradores desalmados. De otra parte, abrid las puertas a la inmigración, cruzad todo el territorio con caminos de hierro, demoled las aduanas i multiplicad el crédito, el corazón de la sociedad quedaría siempre el mismo, muerto i paralizado, por la falta de aquellos elementos regeneradores i reformistas, sin los cuales la inteligencia permanecerá inactiva i la industria carecerá de aquella cooperación de la inteligencia, tan necesaria e indispensable para su desarrollo.

LA EDUCACIÓN COMO FUENTE DE RIQUEZA PÚBLICA.

La cuestión sobre la influencia de la educación en la multiplicación i perfección del trabajo, ha sido aclarada en estos últimos tiempos por ensayos i datos copiosos, que ponen fuera de toda duda su evidencia. No menos tal vez de una veintena de elegantes i populares escritores, le han consagrado sus mejores

i más brillantes esfuerzos en los Estados Unidos e Inglaterra. Los trabajos del infatigable Mann han generalizado aquí este principio, a punto que ha llegado a ser un axioma popular; mientras que los opúsculos i lecturas del célebre Combe, en Inglaterra, han causado una revolución del otro lado del Atlántico, aunque sus tareas se han ido a estrellar contra el espíritu de secta i las disensiones religiosas, que hacen la plaga de estos países. Cierto es, de todos modos, que estos escritos han llamado la atención i despertado la opinión pública en todos los pueblos manufactureros, i aun el gobierno de Rusia comenzó á trabajar con este motivo, organizando i mejorando sus escuelas. Los principios están, en esta ocasión, en perfecta armonía con la práctica i los resultados, para dar testimonio de las ventajas de la educación en el desarrollo de la riqueza industrial i el mejoramiento moral de las masas.

La manera como Mr. Combe explica esta relación entre la inteligencia i el trabajo, nos parece tan interesante, que vamos a copiar aquí un pasaje entero de uno de sus varios folletos. «La importancia, dice, de difundir la instrucción, es evidente; pero la necesidad de la educación es menos comprendida. Se deriva ésta de la dependencia que hai entre el alma i sus facultades activas i la organización física del hombre. El cerebro es el instrumento material que ejecuta los actos del espíritu, i consiste en una variedad de partes, cada una de las cuales está ligada con una facultad especial del alma. El está sujeto a las mismas leyes orgánicas que las demás partes del cuerpo. Si encerráramos en una prisión a un hombre, durante los primeros veinte años de su vida, teniéndolo sin ejercicio ni ocupación alguna, hallaríamos que, al tiempo de sacarlo a luz i a la actividad del mundo, no podría ver distintamente ni juzgar de los objetos por sus sonidos; no sería capaz de andar por sí solo, ni de mover sus brazos i manos. La causa de esta incapacidad proviene de la circunstancia de haberse dejado débil i sin desarrollo su estructura orgánica por falta de ejercicio, i de que sus varios sentidos i músculos (aunque distintos entre sí, están todos formados para cooperar i contribuir al fin deseado) no han sido acostumbrados a obrar en combinación. De aquí es que este in-

dividuo se encontraría embarazado e infeliz al ser introducido por primera vez a la vida activa.

«El campesino que no haya recibido educación ni instrucción alguna, viene a estar en las mismas circunstancias respecto a sus órganos mentales. No sólo es ignorante, sino que sus facultades intelectuales están adormecidas i son débiles e incapaces de una acción continuada; i no puede, por tanto, pensar coordinadamente sobre una materia, ni obrar con perseverancia. Podemos darle instrucción, mas ésta no penetrará su cerebro inactivo porque no reproduce el pensamiento ni la acción. Yo he tenido a veces sirvientes que no sabían leer i escribir, i la diferencia entre ellos era patente a la primera vista. Los oídos oyen, i los ojos ven, i la inteligencia parece comprender; mas pronto descubrí que esta comprensión era imperfecta e inexacta, i que la retención era momentánea, i la capacidad retentiva, de combinación i modificación casi *nula*. He conversado posteriormente con un ingeniero maquinista que emplea unos 120 obreros, i me dijo que había recibido repetidas veces en sus talleres personas sin instrucción ni educación, con la mira de enseñarles algunas tareas sencillas en el oficio; pero observó luego que la lección de ayer no la recordaban hoy, i que nunca se les ocurría una indicación propia, aunque las circunstancias la estaban patentizando a cualquiera inteligencia medio cultivada. En consecuencia de esto, su trabajo era de muy poco o ningún valor en esta clase de industria. Sus músculos habían sido acostumbrados a obrar casi sin la dirección del cerebro, i fuera de aquellos trabajos, que podían ejecutar independientemente de la inteligencia, sus servicios eran casi inútiles.»

Ante el Parlamento inglés se han presentado en diversas ocasiones, una gran masa de documentos que comprueban del modo más evidente las precedentes observaciones en cuanto a sus resultados al menos. Temiendo que el valor de estos datos puede ser atenuado con simples i descarnados números, vamos a hacer algunos extractos del testimonio aducido ante una Comisión de aquel Cuerpo, encargada de examinar los efectos de las leyes sobre el pauperismo.

Interrogado el Sr. A. G. Escher, un distinguido fabricante e

ingeniero mecánico de Zurich, cuál era el efecto de la educación en el trabajo de los obreros de diversas naciones a su cargo, se expresó en estos términos: «La falta de educación se percibe notablemente en los italianos, los cuales, aunque con la ventaja de una mejor capacidad natural que el inglés, el suizo, el holandés i el alemán, son con todo los peores operarios. No obstante que comprenden con facilidad i prontitud cualquiera proposición sencilla que se les explique, i pueden ejecutar inmediatamente cualquiera obra que han visto hacer antes, sin embargo, su entendimiento, a lo que me imagino, por falta de aquel desarrollo i disciplina de la escuela, no parece tener noción alguna de lógica, ni la facultad de discurrir sistemáticamente, ni su memoria la capacidad de recordar una serie de observaciones i de sacar útiles deducciones de ellas. Este defecto en su educación mental, se refleja del todo en sus operaciones manuales. Un italiano desempeñará por sí solo con mucha destreza una labor sencilla; pero póngase un número de ellos a hacer alguna cosa, i todo es entonces confusión. Por ejemplo: al poco tiempo de haberse establecido en Nápoles los telares para tejer algodón, el operario napolitano tal vez produciría tanto como el mejor trabajador inglés, i con todo, hasta el día de hoy, ninguno de ellos se ha hecho competente para tomar la dirección de un solo taller, i los maestros mayores son todos personas del Norte, que aunque menos dotadas por la naturaleza, poseían un grado más de cultura i disciplina mental, a causa de la educación que habían recibido.»

Preguntado de nuevo Mr. Escher por la misma comisión sobre si la educación no haría descontentos e insubordinados a los trabajadores, rebajando así sus cualidades de obrero, respondió: «Mi propia experiencia i mis conversaciones con los más eminentes mecánicos de diferentes partes de la Europa, me inducen a adoptar una conclusión enteramente distinta. En el estado actual de las fábricas, en que desempeña una parte tan principal la maquinaria i los instrumentos, i una muy subordinada el trabajo bruto (i ésta va constantemente disminuyendo), la superioridad intelectual, el método, el orden, la buena conducta i la puntualidad, calidades todas promovidas por la educación, vie-

nen a ser de la más alta importancia. Creo que habrá ahora muy pocos fabricantes inteligentes, que no convengan en que los talleres provistos del mayor número de obreros educados é instruidos, son los que producen artefactos en mayor cantidad, de calidad mejor i de la manera menos dispendiosa.»

En 1841, el Secretario del Consejo de Educación de Massachusetts, hizo las más prolijas averiguaciones sobre el valor comparativo del trabajo del obrero inteligente con el del ignorante. Es inútil demostrar aquí el sistema empleado con este objeto, pues bastará demos sus resultados en los mismos términos de Mr. Mann: «De estas investigaciones, dice, resulta que el artesano instruido aventaja de un modo sorprendente al que no lo es, en cuanto a la cantidad i calidad de la obra. La mano del obrero es otra distinta, cuando es dirigida por un entendimiento cultivado. Las operaciones requeridas en una obra, se ejecutan no sólo con más rapidez, sino con más arte i gusto, si las facultades del obrero han sido cultivadas en la niñez i le prestan su auxilio. Aquellos artesanos que sin una instrucción habrían sido condenados a una mediocridad perpetua en su oficio, o tal vez sacrificados a los vicios que traen consigo la necesidad i la pobreza, adquieren por su medio una posición e independencia social, debidas sólo al poder de la educación. En los grandes establecimientos industriales, donde se encuentran las más grandes reuniones de obreros i el trabajo es estimado por el valor que produce, se notan invariablemente estos dos hechos, a saber: los que han gozado de la ventaja de una buena educación elemental, se mejoran i perfeccionan cada día más i más en su arte, i obtienen luego crecidos salarios; mientras que el ignorante permanece estacionario, o cae en la última grada de la escala industrial.»

A los hechos i opiniones arriba expresados, pudiéramos añadir nuestras observaciones propias i los ejemplos que hemos palpado de esta verdad, durante una larga residencia en los Estados del Norte. Pero aun aquí se nos ofrece todavía la ocasión de referirnos a un documento importante i semioficial, que produjo no poca sensación en la Europa manufacturera e industrial. Mr. Whitworth fué comisionado por varias asocia-